
GERINELDO

FRANCISCO y yo vimos pasar á un sujeto alto, acartonado, solemne, envuelto en un levitón de la época cuaternaria y mirando á todo el mundo con aire de perdona vidas. Se conocía que aquel entecillo estaba metido de hoz y coz en el casillero oficial, y que se encontraba á toda su satisfacción dentro de la gerarquía administrativa.

—Ese infeliz, dije á mi amigo, es el tipo de aquello que dijo Renan: la víspera del juicio final, cuando las señales sean indudables, tienen algunos que reclamar su puesto en la ceremonia; de jefe político, de

LA BIBLIOTECA ALFONSINA

alcalde, de regidor, conforme á su antigüedad y categoría.

—No, dijo mi amigo, te engañas: ese pobre no es un funcionario; es un seductor, un tenorio averiado que á semejanza del caballero sevillano ve pasar su propio entierro, pues á la hora de ésta ni las viejas ni las feas lo apetecen. Es el protagonista de aquel caso famoso que hizo lo apellidaran Gerineldo, no porque casó con la infantina, sino porque tuvo también la muerte cerca de sí, como aquel Coburgo semiheroico.

—No sé una palabra, repuse, de todo eso que me cuentas y que huele á *Flor de romances*. Refiéremelo, que ha de ser cosa buena.

Hace años, empezó Francisco, fué nombrado juez de primera instancia de Amatlán el joven abogado Angel Rodríguez, el más ignorante, el más tonto y el más finchado de todos cuantos han salido de nuestra benemérita escuela de leyes. Angel, en cambio, contaba con un cuerpo y una cara que ya habían hecho perder el juicio á más de cuatro costureras de esta leal ciudad.

Aquella caída de ojos, aquella barba cortada en punta, aquel pelo ensortijado y aquella voz de barítono que se escuchaba sin falta en todas las tertulias de medio pelo, cantando el *Di Provença*, son hasta la fecha más famosos que las picardías de Nuño de Guzmán.

No hay que decir que luego que el Licenciado se personó en Amatlán, se convirtió en el pollo, en el irresistible, en el *arbiter elegantiarum* del lugarejo. Las levitas, los pantalones y los sombreros que llevaba eran siempre de última moda, lo más fino y delicado que pudiera darse.

Pero á cambio de la oportunidad de lucir sus trapos, Angel estaba completamente opacado en lo que se refería á sus aptitudes de seductor y hombre de mundo. ¡Qué sabían aquellas palurdas de la gracia parisina, del encanto irresistible, del valor estético del juez de letras, ellas que por maridos, novios, hermanos ó padres tenían á rancheros barbudos, mal olientes, que regresaban cada ocho días de sus potreros y hablaban nada más de la ranilla, el muermo, los rodeos, el encierro y la ordeña!

Así como en virtud de la ley universal, los graves propenden siempre hacia el centro de la tierra, Angel debía llegar á la amistad y trato de Teresita Cepeda, mujer de Andrés Ordóñez, el dueño de la hacienda de Nopales.

Teresa, aunque originaria del pueblo, estaba criada con más mimo y regalo que las otras señoras de él. Hija de don Antonio Cepeda, que había tomado empeño en que adquiriera educación ciudadana, desde edad muy corta había sido enviada á la capital y puesta interna en un colegio del Gobierno. Allí aprendió esas cien mil habilidades que convierten á las chicas en las más raras y graciosas muñecas parlantes que es dado imaginar. Su tintura de matemáticas, su poquito de historia y su brizna de piano, sin dejar por eso de ignorar sus cachitos de francés y de inglés, constituyeron á la Cepeda en una profesora capaz de enseñar á su tocaya la de Avila todo lo que la pobre desconocía.

Como no era cosa de que Teresa, que había estudiado no para tener escuela, sino para tener título, fuera á meterse á en-

señar el a, b, c á las chiquillas del pueblo, se compró un buen marco dorado, y en él, aparte del retrato de la niña rodeada de esferas, mapas y libros, se colocó el pape-lote en el punto más ventilado de la sala de recibir; y allí quedó para memoria de las imponderables sabidurías que la joven había sacado del colegio.

La muchacha era graciosa y tenía verdadero garabato, así es que apenas había pasado un año y sin saberse cómo ni cómo no, se encontró casada y velada con su primo Andrés Ordóñez, excelente mozo que por trabajador y dispuesto era la adoración del pueblo.

La casa de Teresita no era como todas las del lugar: en vez de las sillas de pera y manzana, de los camastros de tablas sueltas y de los baules ó *petaquillas* de lináloe que constituían el lujo de las mansiones de más fuste, había el indispensable ajuar austriaco, camas de latón, cortinas de punto y (hasta parece mentira) un auténtico y positivo armario de luna, que fué el escándalo y la admiración del pueblo cuando llegó empaquetado, envuelto y

ALFONSO ALFONSO

embalado con muchos rótulos de *frágil, tapá, riesgo* y otros así.

Pero lo que constituyó el acabóse de aquellos primores fué un pianito vertical de tres pedales que se colocó en la cabecera de la sala, debajo de unos retratos americanos de pacotilla que representaban á los padres de Andrés y que se habían sacado de unos detestables daguerrotipos que el año de tantos había hecho un fotógrafo trashumante.

Además, Teresita elaboró la colección más completa que pueda verse de habilidades de colegio de señoritas: cogines, *vi-des-poches*, *sachets*, calendarios, cien mil cosas en que se derrochaban el terciopelo, los listones y las sedas y que daban al nuevo hogar un aspecto risueño y cuasi elegante.

El Licenciado empezó á frecuentar la casa de Andrés, ayudado del amable Galeoto de la música. Unas veces con pretexto de ensayar una romanza, otras con el de llevar á la señora lo último de Tosti ó de Tito Mattei, de quien gustaban ambos como buenos cursis, y otras sólo con el de hablar de

eso que los gacetilleros chirles llaman *divino arte ó bell canto*, Angel era la visita ordinaria en casa del hacendado.

Cuántas veces, al caer la tarde, cuando Andrés volvía de su finca, se quitó las espuelas y dispuso metieran su caballo por la puerta de campo para no romper el efecto de un *io t'amo*, de un *il mio cor* ó de un *amazzare* que salían briosos y artísticos de aquellas gargantas privilegiadas.

El bueno del rústico cifraba sus glorias en que á su ventana se agrupara un buen golpe de gente y se quedara embobado oyendo aquellos dúos y arias de nombres conocidos—“*Norma, Norma*” “*Furtiva lágrima*,” “*Vorrei morire*” ó “*Stella confidente*”—y echara de paso algún piropo á las sillas con cubiertas de gancho, á las lámparas con almendras de cristal ó á los cromos chillones que representaban pasajes de la vida de María Antonieta.

No hay para qué decir que estas reuniones estrepitosas fueron el palillo de dientes de todas las conversaciones. Se sabía cuánto había costado la *étagère* que el señor Licenciado había regalado á Teresita,

se conocían las opiniones del mismo acerca de la voz de la señora—fresca exquisita, bien timbrada; de las raras sopranos que existen al estilo de Adelina Patti—se tenía noticia del concierto que preparaban los cantantes en el patio de la casa, quitando las macetas, poniendo un toldo que cubriera un gran espacio y convidando á toda la *aristocracia*, que de seguro iba solícita á honrar la fiesta de la harmonía.

A poco empezaron á circular especies más alarmantes: si el señor Licenciado y la señora *se entendían*, si les traía y les llevaba Eduarda, la criadilla que había servido ya de confidente á los amores de Andrés y Teresita, si tenían ó no sus entrevistas en la casa del marido y otros muchos particulares que se aumentaban, glosaban, reían, comentaban, discutían y celebraban primero bajo secreto, luego públicamente, pero con reticencias, y al último sin ambages ni rodeos.

No faltó alma caritativa que diera la noticia á Andrés; pero el pobre mozo, tan confiado y tan bueno era, echó la culpa de todo á la garrulería de los pueblos, á la en-

vidia que había despertado el vivir con un lujo (á eso llamaba lujo el pobre) á que no estaban acostumbradas las gentes de Amatlán, y quizás á piques y malas voluntades que había levantado al ser favorecido por una criatura codiciada por cuantos barruntaban lo que valía.

Pero aunque Andrés habría metido la mano en el fuego por la virtud de su mujer y por la lealtad de su flamante amigo, los celos, la duda y el temor lo trabajaban á la continua.

Un día, cuando tornaba de la hacienda en unión de Petronilo, su mayordomo, su maestro de equitación y su amigo, el viejo rompió á hablar tras de mucho pensarlo. “Amo, le dijo, yo no quisiera decírselo; pero la verdá me duele que un hombre tan cabal y tan parejo como usted sea mal visto por culpa de una mujer que no lo merece y de un amigo que no le cumple. Amo, doña Teresita le falta y ese licenciadete cantador se burla de usted. ¿Quiere que lo convenza de lo que le digo? Mañana sin falta lo puedo hacer, y verá que este viejo no es nomás mensajero de malas nuevas.”

ALFONSO ALFONSO ALFONSO

El primer impulso de Andrés fué coger el machete que llevaba al lado izquierdo y dar unos cintarazos á Petronilo. Después lo pensó y pidió datos, averiguó fechas, combinó planes y concluyó por arreglar con el ranchero hora y punto para acabar con aquella duda.

Al día siguiente, juntos amo y mozo, salieron con intento de pasar la noche en el campo. Tenían necesidad de apartar ganado, de ver unos caballos que habían de juntarse á la manada y de entregar tierras á los medieros; pero la maniobra era muy sencilla: quedarse en el pueblo y sorprender á los infames.

“Media noche era por filo” cuando Andrés y Petronilo llegaron á la casa.

Esta, como todas las del pueblo, era una inmensa residencia que tenía la entrada principal por una calle, y otra, la llamada de campo, por la calle de la espalda. Por ella entraron los conspiradores; Petronilo llevaba consigo la llave de la puerta de una pieza, por esa puerta penetró Andrés y siguiendo una hilera de cuartos llegó hasta la alcoba de Teresa.

Empuñaba el celoso marido un afilado puñal que ocultaba bajo un jorongo de fina hechura: así no habría riesgo de ruido ni escándalo; todo sería silenciosamente, sin que la gente lo oyera: ya verían después cómo no era el Cornelio Tácito que habían creído, sino que también podía ser un Publio Cornelio.

Cuando Andrés, sin recatarse, llegó á la puerta de la estancia y empujó las charoladas hojas, miró abiertas las del libro de su deshonor. En el tálamo, á la luz de una veladora discreta, se veían dos cuerpos casi desnudos: Teresa, que dormía con los cabellos destrenzados, con la respiración tranquila, con el rostro apacible de quien reposa al lado del señor y dueño; y el juez de primera instancia con la barba en punta, con el pelo ensortijado, con la piel congeccionada y enrojecida.

Tantas caricias se hacen
Y con tanto fuego vivo,
Que al cansancio se rindieron
Y al fin quedaron dormidos

Andrés pensó en clavar la daga y tras-
pasar uno después de otro los dos pechos

infame; primero la mujer, la hembra de Caín, la perdida del país de Tod, la liscisca traicionera, la ladrona que había usurpado el lugar de una mujer honrada; luego el amigo desleal que se jactaba de haber introducido hijos ilegítimos en los hogares de tantas gentes: bien empleados estarían los golpes que mataran á aquellos monstruos; más honda, más dolorosa, más terrible había sido la herida que le habían causado á él, que no había cometido más delito que calentar aquellas serpientes á su pecho.

Y alzó el puñal para herirlos, cuando se le representaron su inmenso amor por Teresa, las dificultades que tendría con la justicia si asesinaba á aquellos viles que nõ valían la hoja del puñal que les arrebatara la indigna vida y más que todo la felonía que entrañaba matar á gente indefensa.

Entonces, cubriendo la desnudez á los adúlteros con el joronguillo, como Jafet cubrió la de su padre ebrio, clavó el puñal entre los dos y se alejó á toda prisa de la casa, del pueblo, de la comarca.

Allá quedaban la esposa liviana, el amigo traidor y los intereses abandonados; Andres iba en busca de corazones sanos y de felicidad cumplida. Y no hay quien haya vuelto á saber de él; su mujer murió de mala muerte al cabo de pocos años; el Lovelace vive y se pasea viejo y soltero: ya empieza á tener reumas y á sufrir los primeros ataques del enfisema pulmonar.

Villa de Zapopan, 11 de agosto de 1900.